
LUNARIAS



Viaje a Bizancio
Ediciones

ALFREDO ÁLAMO

LUNARIAS

MICROBIO

Colección Microbio N° 01

Lunarias

Viaje a Bizancio Ediciones
C/Imaginerio Fernández Andes, N° 3, 3° A
CP: 41008, Sevilla, España

www.bizancioediciones.com
yorkshire@bizancioediciones.com

Editor: José María Carrasco Díaz
Coordinador de Colección: Santiago Eximeno
Maquetación: Yorkshire

Primera edición: abril 2010

© 2009 Viaje a Bizancio Ediciones por la presente edición
© Microbio 2010
© Alfredo Álamo 2010
© Julio Serrano Cabrera por la portada 2010
© Eva Nuria Sempere Belda por el Logo de la editorial

Imprime Publidisa

Depósito Legal:
ISBN: 978-84-937272-5-3

Reservados todos los derechos. No se puede reproducir ninguna parte de este libro, ni almacenar en cual sistema de reproducción, ni retransmitir de ninguna forma ni bajo ningún concepto, mecánicamente, en fotocopias o de ninguna otra manera, sin el permiso expreso por escrito de la Editorial y del Autor.

LAPIDARIO

Comí las flores que dejabas junto a mi lápida cada domingo. Cuando dejaste de venir todas las semanas comencé con los setos junto a los panteones, los macizos de rosas que atravesaban la entrada, incluso me hice con la hiedra que se enroscaba junto a los nichos más altos. Un día no quedaron pétalos, hojas o raíces en todo el camposanto. Entonces, y sólo entonces, esperé al anochecer para arrancarte las tripas.

Compré un arado y labré un campo.
Enterré a diez mujeres en él para
convertirlo en santo.

Todos los miembros de mi familia murieron antes de cumplir cuarenta años. Mañana es mi último aniversario. Cuando le enseñé el cuchillo a mi hijo, rompió a llorar desconsolado como hice yo a su edad. Luego le hice lo que me hizo mi padre y que le hizo su padre también. Ya no tendré que preocuparme de que mañana pueda echarse atrás.

Su nicho fue profanado y el cadáver de mi abuelo apareció primero junto al macizo de flores. A los pocos días se le vio cerca de los panteones de mármol. Durante el fin de semana se mantuvo en el ataúd hasta que el miércoles lo descubrió el jardinero en el umbral del cementerio. No hubo otro remedio: le cortamos las piernas y los brazos. Cuando vamos a verlo, cada día de todos los santos, podemos escuchar sus maldiciones y también cómo se arrastra, milímetro a milímetro, en busca de nuestras almas.

Los ángeles bajan una noche al
año de cementerio en cementerio,
con sus alas barren las tumbas y
con el hálito divino que Dios les
concedió, reviven por pocas horas
a las vírgenes más bellas y vuelan
con ellas hasta rincones secretos.
Cuando las devuelven a la tumba,
ajadas y pestilentes, les llenan la
boca de plumas para que no puedan
contar nada de eso cuando llegue el
Día del Juicio Final.

Cuando Seamus y Ryan devolvieron el cadáver de su viejo amigo Remus al panteón familiar, tras una última noche de despedida y borrachera, apenas podían mantenerse en pie. Cuando quisieron darse cuenta, Remus se les había escurrido entre los brazos, cerrado la puerta por fuera y consumado un horrible trato con el diablo a expensas de sus almas de pecador.

Dos estudiantes, debido a una apuesta, decidieron pasar la noche entre las tumbas de los condenados a muerte, todavía en tierra santa, pero junto a excomulgados y herejes. Escucharon ruidos siniestros, contemplaron fosforescencias inexplicables, incluso, afirmaron, un cadáver salió de la tumba y se mostró incorrupto ante ellos. Lo que nunca contaron es que allí fue donde se dieron su primer beso, interrumpido siempre por el insomnio de los muertos.

El escritor tenía un cráneo como tintero. El posadero un cráneo como jarra. El librero un cráneo para sostener los libros. El médico un cráneo para enseñar anatomía. El actor un cráneo para interpretar a Hamlet. ¿Yo? Yo les conseguí esos cráneos.

Los dos amantes cuyo pacto de suicidio corrió de boca en boca por toda la ciudad fueron enterrados juntos pese a las protestas del párroco local. Él quería a la chica para él sólo.

Fabrico lápidas, recorto el mármol, escribo la última frase de cada ser humano que ha muerto en este pueblo durante décadas. Menos la de mi esposa, cuya lápida dejé en blanco, bien escondida y anónima, dejada caer en el jardín que me hace las veces de almacén.

El grupo de adoradores de Satán irrumpió en el cementerio más alejado del pueblo más perdido que encontraron, dispuestos a realizar actos impíos y blasfemos. Cuando los muertos se levantaron de sus tumbas, hambrientos y enojados, su Gran Maestro, antes de morir bajo el poder del diablo, se dio cuenta de que alguien había tenido ya la misma idea.

Decían que las mesas de mármol en el café local eran lápidas robadas y vueltas del revés. La sospecha se hizo realidad cuando una medianoche, justo antes de cerrar, acudió un muerto muy enfadado para reclamar su techado. Ahora, se comenta, duerme en el almacén y pasa la fregona antes de que amanezca.

El Rey Esqueleto odia la carne con todas sus fuerzas, no hay siervo en su reino con rastro alguno de piel sobre los huesos, y con sus víctimas se aplica bien con el cuchillo hasta que sólo quedan restos relucientes y blanquecinos. Dicen que en vida era vegetariano estricto.

Cuando la vio tumbada sobre la lápida, se le antojó una desconsolada viuda que no podía alejarse de su esposo. Era tan hermosa que no pudo evitar acercarse a ella, tomarla de la mano y susurrar:

—Deja que ocupe tu lugar, eres demasiado hermosa para permanecer aquí.

Ella asintió con una sonrisa que se tornó carcajada cuando el pobre idiota comprobó que el nombre escrito en la tumba era de mujer y que nunca jamás podría abandonar aquella lápida maldita.

—**D**icen que al caer el sol, a la vereda del río, se puede escuchar el lamento de los ahogados —comentó el labriego, recogiendo los aperos de labranza.

Su yerno, pala en mano, le reventó la cabeza de un golpe certero mientras rezaba para que esos lamentos sonaran tan fuerte como para amortiguar sus gritos.

Una mujer muerta, una desgracia.
Dos, un rumor a medianoche. Tres,
miedo en los ojos de la gente.
Cuatro, calles vacías al caer el sol.
Cinco, bandas armadas que apalean
vagabundos. Seis, y los hermanos
acusan a los hermanos. Siete y las
madres lloran desconsoladas junto
a las ventanas atrancadas. Ocho
y algunos empiezan a empacar
sus pertenencias. Nueve logran
ahuyentar a Dios de su propia iglesia.
Diez es el número de cadáveres que
cabén en mi jardín.

La palanqueta quebró la madera y la luna encendió la oscuridad llena de arañas y gusanos. No había nada ni nadie en el ataúd. El vampiro suspiró aliviado, se metió dentro y confió en que al día siguiente, alguien rellenara la tumba de tierra otra vez.

El miedoso cataléptico, ante la posibilidad de morir enterrado en vida, optó por la incineración. Desde entonces pasa la eternidad encerrado en una urna suspirando por la cómoda amplitud de un ataúd bien acolchado.

El enterrador se descubrió y realizó un arco lento y pomposo con su alargado sombrero negro. Metió la mano y de entre sus pliegues sacó un conejito blanco y vivaracho. Inexplicablemente para él, a nadie en el entierro pareció gustarle el truco que tanto había practicado.